

POR QUÉ LA MODERNIZACIÓN DEL CAMPO URUGUAYO ES TAN LENTA?

Ing. Agr. Percival Bono



El otro día, en Bretaña, durante un viaje en el Oeste de Francia, y conversando con un grupo de productores, me vi sometido a una impresionante cantidad de preguntas relativas al estado actual de nuestra ganadería. Algunos de esos productores habían visitado América del Sur, eran de buen nivel cultural, y considerados líderes en sus especialidades, es decir ganadería lechera y de carnes, y producción de granos. Tenían un excelente conocimiento del funcionamiento de la PAC (Política Agrícola Comunitaria) y a la vez estaban bien informados sobre Australia y Nueva Zelanda. Y la pregunta que volvía siempre, casi como una conclusión era: «¿Por qué un país pequeño como el Uruguay, con una población de origen preponderantemente europea, sin serias limitaciones de tecnología, con productos de buena calidad, reconocidos en el mercado mundial y capaz de producir a precios competitivos, señalaba una evolución tan lenta en su agricultura? Desde luego, por mejor buena voluntad que uno tenga, no es fácil explicar en un par de horas, apoyado sobre el comedero de un tambo bretón, las razones estructurales, económicas, financieras, de mercadeo, etc., que están detrás de ese lento proceso de modernización. Uno de ellos, que había visitado el Uruguay durante 7 días, no dejaba de preguntar: «¿Por qué hay tantos chircales cerca de Montevideo y de los pueblos del interior y a lo largo de carreteras importantes? ¿Es que la tierra es tan barata, aun en zonas peri-urbanas, que se pueden dar el lujo de tenerla por años sin utilizar? ¿No hay acaso un sistema impositivo que pueda controlar ese fenómeno? ¿No son acaso esos chircales representativos y sintomáticos del fondo de nuestro problema?»

El interrogatorio continuaba: «No se puede atribuir únicamente a razones climáticas, los bajos rendimientos promedio que en general caracterizan a su país. ¿Por qué no hay una mayor penetración tecnológica y un sistema crediticio adaptado a un sector que es aún muy vulnerable durante ese proceso de cambio, al que todo el mundo aspira y que aparentemente está abierto solamente a una minoría? Y ¿cuáles son las características de esa minoría, que en la actualidad aumenta su productividad y mantiene competitividad? ¿Por qué no se amplía? Etc., etc., etc.»

Creo que ninguna de mis respuestas los convenció... Una de las razones del escepticismo de mis interlocutores sobre mis argumentos era precisamente que acabábamos de terminar una gira donde a lo largo de decenas de kilómetros habíamos visto praderas de altísima productividad, rebaños lecheros con medias de 6 a 8 toneladas por lactación, triguales prontos para la cosecha con estimaciones de 7 toneladas y con una ausencia total de malezas, etc. Pero el argumento más importante de los bretones, no era el rendimiento de las vacas o de las chacras, sino que eso se había logrado en los últimos 35 años. Hasta la década del 50, Bretaña era una de las regiones más pobres de Francia, conocida por la miseria de su campaña y la pobreza de sus

pescadores, buena proveedora de mano de obra barata... y casi analfabeta. Se necesitaron un poco más de treinta años para producir ese cambio que la han llevado a los actuales niveles de eficiencia y productividad. Naturalmente, durante la conversación, mis amigos bretones fueron los primeros en reconocer la importancia determinante de la PAC y de los fondos «blandos» del gobierno durante ese proceso, así como de los financiamientos en parte no reembolsables y la constante presencia de la asistencia técnica. Aclaraban además que en la década del 60, el contexto de precios y mercados era particularmente favorable para la agricultura. Pero aun cuando no se trataba de extrapolar la experiencia de dos agriculturas que no eran comparables (la nuestra y la de ellos), volvía siempre un argumento demoledor: «Tal vez el elemento más importante en este proceso ha sido la presencia de sólidas instituciones como las cooperativas y las cámaras de agricultura, que nos han asegurado a lo largo de estos años, asistencia técnica, financiamiento y sobre todo sistemas de mercadeo para lograr los mejores precios así como la aplicación de reglamentos de tenencia de la tierra que hasta ahora nos han asegurado el ingreso de nuevas generaciones a la agricultura. Ese ha sido el mejor tratamiento contra la chirca... Y si bien ahora tenemos otro tipo de problemas, derivados buena parte de ellos de la intensificación y algunos muy serios como la contaminación del agua, no hay motivos por los cuales no los podamos resolver. Pero indudablemente el cambio más importante en estos últimos 35 años han sido los hombres, las mentalidades, la manera de pensar, de planificar, en una palabra, de hacer...»

Lo que tenemos y no tenemos

A riesgo de repetirnos, pienso que vale la pena hacer un balance rápido de cuáles son los elementos positivos y los negativos que caracterizan al campo uruguayo. Podríamos empezar aceptando el hecho de que para un país ganadero, los suelos y el clima son razonablemente favorables. El capital genético es de alta calidad. La integración con la agricultura es un fenómeno que adquiere cada vez mayor importancia. El nivel educacional de los propietarios o dirigentes de empresas ganaderas es bueno y en algunos casos, muy bueno. El nivel de conocimientos, sobre todo en los últimos años, es más que razonable y en algunos casos, como la explotación lechera y ovina, y los problemas sanitarios en general, muy satisfactorios. La calidad de los tres productos básicos de la ganadería: carne, lana y lácteos es buena. Los problemas de presentación de la carne congelada son inherentes a ese producto y probablemente puede ser mejorado. Desde el punto de vista de recursos humanos, existen más de 6.000 agrónomos y veterinarios, sin contar los técnicos de nivel medio, lo que representa una proporción elevadísima en relación a la población humana... y ganadera. Desde el punto de vista de

la producción de conocimientos se cuenta con varias instituciones de investigación y experimentación, una de ellas recientemente reorganizada, así como con varias organizaciones, públicas y privadas, dedicadas a la transferencia de tecnología, con una buena cobertura geográfica (Plan, INIA, SUL, Universidad, FUCREA). Existe por otra parte una impresionante disponibilidad de medios de difusión, radiales, televisivos y de prensa escrita que harían la envidia de muchos países... Desde el punto de vista corporativo se cuenta con dos importantes instituciones gremiales y una multiplicidad de sociedades de criadores, todas ellas con mandatos bien definidos de promoción y defensa de los intereses de sus socios. Finalmente, las infraestructuras industriales son de nivel razonable habiendo pasado las exigencias de los servicios sanitarios de los países importadores.

Entre los aspectos negativos, podemos comenzar con la falta de política o con la existencia de una política no claramente determinada, que no se ha dado los medios necesarios para lograr sus objetivos. Como ejemplo, la obtención de una res precoz requiere no únicamente una decisión política, sino los medios para alcanzarla, es decir un cambio en el manejo del rodeo, mayor disponibilidad de pasturas, particularmente en el período invernal, posibilidad de producir y suministrar a costos reducidos, complementos forrajeros, etc., etc. Pero si bien la disponibilidad del mensaje técnico comienza lentamente a penetrar hacia los niveles «empresariales», no va siempre acompañado de la disponibilidad de recursos crediticios por parte del sector bancario, recursos donde las tasas de interés y los períodos de amortización no están siempre diseñados en función del producto que se quiere obtener. ¿Como consecuencia de ello, no estaremos en este momento asistiendo a un proceso de progresiva frustración a través del cual se crean o desarrollan soluciones técnicas viables y atractivas, que luego no encuentran las fórmulas crediticias adecuadas para su aplicación?

Otro elemento negativo, que deriva del anterior, es el alto componente especulativo que caracteriza (y siempre ha caracterizado) la actividad pecuaria. Ha sido demostrado en muchas oportunidades que si debe juzgarse la eficiencia de un productor por su éxito financiero, la compra y venta de animales en los momentos oportunos es en muchos casos más rentable que la actividad productiva. No hay nada terriblemente reprochable en ser un buen invernador o un buen hombre de negocios, cuando se tienen los medios para hacerlo y se buscan las oportunidades para aplicarlo, pero puede ser nefasto: a) pretender a toda costa especular cuando no se tienen los recursos ni las oportunidades para hacerlo, b) No poder contar, cuando se es productor, con un nivel de precios adecuados para producir mejor que a los actuales niveles.

A pesar de todos los esfuerzos realizados en el campo fiscal, parece que hasta el momento no se ha logrado el objetivo obtenido en el mundo anglo-sajón es decir a través de los mecanismos impositivos, poder re-invertir en el sector productivo una componente deducible de impuestos para poder modernizar los establecimientos y aumentar su productividad. Es una de las cosas que más impresionan a los visitantes de Nueva Zelanda y Australia cuando profundizan las causas de la prosperidad de esos países. Como lo definía un grupo de técnicos del Plan, a su regreso al Uruguay con la siguiente expresión, muy clara, muy sintética, muy criolla: «Allá, a los productores los carnean gordos, mientras que aquí, prefieren carnearlos flacos...» El ausentismo, que es impensable en ciertas actividades como la lechería, sigue siendo una de las características más comunes en la explotación ganadera de carne y lana. Y las formas de compensarlo, es decir la contratación de

personal idóneo para ejecutar los programas de intensificación, o no se encuentran, o no están a la altura del cometido, o no se pueden pagar...

No hemos sabido retener a la tierra una generación de productores pequeños/medianos que formaban parte de nuestro tejido productivo. Ni hemos encontrado una solución viable para abrir las puertas del campo a las nuevas generaciones. Finalmente, pero no por eso menos importante, el grave problema de la tenencia de la tierra, con sus dos extremos de latifundio y minifundio sobre los cuales no vale la pena extenderse, ya que de por sí, cada uno de ellos constituye un elemento paralizante de toda forma de modernización.

De la resignación a la apertura

Existen tres parámetros que han sido siempre determinantes en la producción agropecuaria uruguaya. El primero es el clima, que por voluntad del hombre no puede ser modificado en forma efectiva. El segundo, que tiene características similares al primero, son los precios. Somos un partitizador de precios, siempre lo hemos sido y las perspectivas futuras no indican algún cambio en esa situación. El tercero son los impuestos. Este parámetro, sí, es creado por el hombre (o por los gobiernos que se da) y es tal vez el único que puede ser modificado en función de los objetivos de una política.

Es evidente que el país, a lo largo de la historia económica de su sector agropecuario, se ha ido resignando a vivir con estos tres parámetros, posiblemente considerando que había muy poco que hacer para modificarlos. Pero tengo la impresión de que en los últimos años han ido surgiendo alternativas que llevan a algunos productores a vivir menos resignados a las irregularidades del clima, por una parte, y a la perspectiva de no poder competir en el mercado internacional (o de no sobrevivir como empresa) por otra. El concepto de que una ganadería extensiva, aparentemente de bajos costos, podía absorber pérdidas importantes de ganado debido a la sequía o a las periódicas crisis invernales está siendo reconsiderado muy seriamente por una «élite» de productores que han realizado la importancia de la conservación forrajera. Conservación extensiva, a bajo costo, pero capaz de contrarrestar la erosión de capital que significan las cuereadas o las bajas tasas de reproducción. Eso es un primer paso de enorme importancia por las consecuencias que puede tener en la productividad actual de las empresas ganaderas.

Los precios internacionales de la carne, de la lana y de los lácteos se forman en función de una cantidad de elementos que difícilmente pueden ser influenciados por los países productores. Pero es evidente, después de los bajos precios sufridos por la lana, de que existe una toma de conciencia sobre la necesidad de producir a los costos más bajos posibles. Que de eso depende la supervivencia de muchas empresas (y ese sentimiento es cada vez más compartido en la super-prottegida agricultura de la Unión Europea) y que esa reducción de costos pasa necesariamente por una mayor productividad, es decir, por la intensificación. Y es principalmente a través de la intensificación que se puede ir construyendo una línea de defensa contra los altibajos del mercado.

En cuanto al parámetro impositivo, es tal vez el más simple, pero en realidad el más complejo para modificar. Especialmente en un país de escasos recursos financieros y donde la política impositiva ha sido tradicionalmente orientada a gravar la producción agropecuaria.

¿Porqué tan lenta?

Si bien se llega rápidamente a la conclusión de que el Uruguay debe ser uno de los países cuyo sector agropecuario está más gremializado, profesionalizado, institucionalizado, donde existen más sociedades de criadores, de productores, de agricultores, en relación a su población y a sus recursos. Naturalmente, entre esa constelación de instituciones hay muchas estrellas que han perdido su brillo y de las cuales se puede esperar muy poco. Hay otras que siguen desempeñando un rol importante, especialmente algunas sociedades de criadores. Y durante mucho tiempo se pensó que la modernización del campo uruguayo podía apoyarse casi exclusivamente en esas organizaciones. Pero la paradoja reside en el hecho de que en la mayor parte de los casos, esas instituciones han actuado principalmente en forma corporativa. Naturalmente se podrá decir que es por eso que tenemos un excelente Corriedale, raza ampliamente difundida en el país, comparable a lo que se puede encontrar en Nueva Zelanda. Por eso tenemos un Hereford de alta calidad, producto de años de trabajo de la sociedad de criadores y de cada uno de sus socios. Por eso el Holando uruguayo sigue progresando en sus performances y es exportado exitosamente. Pero a pesar de la presencia de todas esas instituciones, no se ha registrado contemporáneamente, como complemento determinante de su acción, un impulso a la productividad de los establecimientos. Es decir que se ha trabajado mucho para mejorar el nivel genético de los animales, pero que eso no ha sido siempre acompañado del conjunto de acciones que llevan a realizar todo el potencial productivo que esas razas

ofrecen. En una palabra, que esas sociedades o asociaciones han realizado principalmente una tarea corporativista, de gran utilidad, sin ninguna duda, pero cuyo resultado final ha sido incompleto. En cuanto a las dos grandes gremiales, principales interlocutores del gobierno, no parecen haber dado la justa prioridad a los problemas de la modernización del agro. Al país le ha faltado y le sigue faltando el tipo de mecanismo catalítico destinado a planificar, orientar y aplicar una verdadera política de desarrollo ganadero. El agregado, o la suma de las acciones corporativas no ha producido el desarrollo que se esperaba. Y las instituciones que estaban destinadas a participar en el cumplimiento de esa función, como el Plan Agropecuario, después de un poco más de un decenio, por varias y múltiples razones, no han estado en condiciones de desempeñar ese papel que por otra parte requiere recursos a los cuales el Plan, particularmente en los últimos años, no ha tenido acceso. Resumiendo, podemos llegar a la conclusión de que el proceso de modernización de un sector agropecuario es una tarea profundamente compleja, que requiere la movilización simultánea de todos aquellos elementos, políticos, económicos, financieros, institucionales, en forma coordinada y alineados detrás de una política claramente definida, y consecuente con sus objetivos. Pero parece bastante obvio, al juzgar por los resultados obtenidos hasta el presente, que esos elementos catalizadores han faltado en la experiencia uruguayo. Si han existido, lo han sido de una manera fragmentada, inconsecuente, fugaz... Tal vez el Mercosur, con sus desafíos, pueda movilizar esos elementos catalizadores, sin los cuales una rápida modernización del campo uruguayo resulta impensable.